

Katja Carrillo Zeiter

Lecturas de la naturaleza. La función del suelo para una definición de la literatura nacional

1. Introducción

Según esto podemos dividir este Reino [de Chile] en tres partes: la primera y principal, la que se comprende entre la Cordillera Nevada y Mar del Sur, la cual se llama propiamente Chile; la segunda, las islas que por este mar están sembradas por toda la costa hasta el Estrecho de Magallanes, y la tercera, que contiene las provincias de Cuyo, que están de la otra banda de la cordillera, y se extienden por lo largo hasta el mismo Estrecho, y por lo ancho, hasta los confines de Tucumán (Ovalle 1969: 16).

Cuando Alonso de Ovalle publica en 1646 su *Histórica relación del reino de Chile* se siente obligado a explicarle al lector las razones que lo condujeron a tal labor. El punto central de sus explicaciones es la ignorancia existente en Europa acerca de aquel reino, hasta desconociendo el propio nombre. Así, con esta excusa –que corresponde a la tradición escrituraria de su época–, Ovalle abre ante el benévolo lector el panorama de esta región del imperio español.

En el párrafo que citamos arriba, la intención de Ovalle consiste en describir no sólo los límites geográficos de Chile sino sobre todo los límites administrativos del reino dentro del virreinato del Perú, región administrativa a la cual pertenecía el Reino de Chile.¹ Así, los primeros párrafos se inscriben, por un lado, en la tradición escrituraria de dar a conocer el material del cual se hablará a continuación, y, por el otro, forma parte del imaginario de la geografía y naturaleza del Nuevo Mundo. Imaginario que se volverá importante durante la época de la Independencia.

Mas no serán solamente las descripciones geográficas o administrativas de los límites regionales y continentales las que serán apro-

1 En su ensayo “Consecuencias de orientación: la Conquista como imposición cartográfica”, Robert Neustadt describe la dimensión ideológica de la cartografía del Nuevo Mundo relacionando la escritura con la cartografía (Neustadt 1997).

vechadas por los historiadores del siglo XIX para dar a conocer las nuevas realidades tanto geográficas como administrativas de las nuevas naciones, sino también las imágenes discursivas del entorno –usando este término para denominar tanto la naturaleza como el suelo y la geografía– del siglo XIX se inscriben en una larga tradición de escrituras sobre los paisajes del continente.

De hecho, las primeras noticias que recibió el llamado Viejo Mundo del nuevo continente incluyeron descripciones de las maravillas de la nueva tierra, de su flora y fauna. Estos textos (coloniales) construyeron, pues, una imagen de la tierra nacional que fue adoptada por las historias de las literaturas nacionales decimonónicas dejando de lado los conflictos contemporáneos sobre las demarcaciones de fronteras, las conquistas territoriales, etc. De hecho, aunque todos estos procesos de índole más bien política cobran en el siglo XIX en América Latina cierta importancia, no se encuentra casi ninguna referencia a ellos en las historias literarias de la época. Al contrario, las historias literarias al referirse a las imágenes y descripciones coloniales de América van hilando una supuesta continuidad territorial cuyo punto de culminación sería el siglo XIX con la Independencia del continente.

Por lo tanto, la invitación de Andrés Bello a la musa de darle la espalda al Viejo Mundo y dirigirse al Mundo de Colón tiene una larga tradición ya a comienzos del siglo XIX. Esa tradición continúa en la época de las Independencias donde abundan los relatos del entorno americano.

Volviendo a la cita de Ovalle: las descripciones de Ovalle y sus contemporáneos serán válidas –con pequeños retoques– hasta el comienzo del siglo XIX y experimentarán entonces gracias a las Guerras de Independencia cambios radicales desembocando en la creación de los nuevos Estados nacionales. A partir de entonces, la toma de posición mediante mapas y descripciones pasó a manos de los criollos.² Como consecuencia de la nueva situación surgieron en los Estado-naciones los debates sobre límites y contenidos que pudieran

2 Walter Mignolo muestra en su trabajo “The Movable Center: Geographical Discourses and Territoriality During the Expansion of the Spanish Empire” como hacia el siglo XVII va desapareciendo la coexistencia de la visión amerindia y la visión europea del mundo, representada en su cartografía (Mignolo 1994).

ayudar a definir lo particular de cada entidad. Como parte de estos debates aparecieron siempre cuatro elementos a partir de los cuales parecía ser posible contestar a la pregunta ¿qué es la nación?: el pueblo, el suelo, la lengua y la historia. En la búsqueda de una definición de lo nuestro o lo propio se recurrió a estos elementos como hechos objetivos, gracias a aquellos era posible delimitar la entidad nombrada patria o nación.

A continuación, me centraré en el segundo elemento, el suelo y su aparición en las historias literarias argentinas y chilenas. Lo que interesa aquí son los contextos dentro de los cuales los historiadores de la literatura hacen uso del suelo para manifestar y subrayar su argumento “nacional”, es decir: la demarcación del corpus escogido como nacional y ya no como americano.

La pregunta central de mi contribución es, pues, ¿cómo se construye el territorio imaginado de la nación en la historiografía literaria decimonónica? El suelo y la naturaleza americanos responden a diferentes funciones en las historias literarias. Por un lado, los historiadores de la literatura se refieren al suelo como temática central de un texto particular. Por el otro lado, se entabla una supuesta relación entre naturaleza y hombre que permite, según la lectura del historiador, definir una nacionalidad naturalizada. Al fin escriben las historias literarias nuevos relatos de la naturaleza y el suelo americanos, tejiendo, por lo tanto, la historia de la imagen del continente.

2. La función de la naturaleza en la definición de un corpus

Cada historia literaria define un corpus que responde a criterios expuestos por ella misma.³ En tanto historia de una literatura nacional, el criterio primordial es lo nacional, criterio que debe encontrarse en los textos que formarán parte del corpus expuesto a continuación. Por ende, la elección efectuada por los historiadores de la literatura responde a la pregunta ¿dónde, en qué hecho, reside lo nacional de un texto específico? En consecuencia, lo nacional de un texto es, por

3 Mignolo traza en su artículo “Entre el canon y el corpus” los debates sobre la literatura latinoamericana partiendo de la relación entre corpus y canon siguiendo los cambios ocurridos desde comienzos de los años de 1980. La discusión sobre el objeto de estudio, según Mignolo, abrió el canon al corpus, permitiendo así la entrada de manifestaciones culturales no escritas (Mignolo 1994/1995).

un lado, una decisión anterior a la inclusión del texto, y, por el otro lado, la inclusión del texto comprueba lo nacional de aquel texto y de los demás textos incluidos en una historia literaria en particular.

Las historias literarias del siglo XIX en la América hispana son un buen ejemplo para esta maniobra. Aunque muchos de los historiadores comienzan sus obras lamentando la escasez de textos literarios en lo que hasta comienzos del siglo fue la colonia hispana, demuestran con sus obras la existencia de un número de textos que posibilita abrir la discusión acerca la historia de la literatura nacional (Carrillo Zeiter 2011).

Precisamente, el caso de la historiografía literaria decimonónica en la América hispana permite observar gracias a la situación político-histórica lo ambiguo de cualquier operación de exclusión y/o inclusión. Porque con respecto sobre todo, pero no solamente, a los textos coloniales, la problemática central de las historias literarias latinoamericanas del siglo XIX consistía en trazar los límites entre un canon definido como nacional y un corpus español que hasta entonces comprendía no sólo la literatura escrita en España sino también aquella escrita en las colonias americanas. La solución pareció residir en conceptos como la propia historia, el pueblo o el suelo americano y se recurrió a ellos en el análisis de los textos para comprobar la existencia de una literatura americana tanto en el pasado como en el presente.

Una de las consecuencias de esta operación discursiva fue el especial interés en los relatos de la naturaleza americana en aquellos textos que las historias literarias presentaban como textos nacionales, y los historiadores se detuvieron citando párrafos enteros para mostrar la peculiaridad del entorno americano. Pero la importancia que se adscribió al relato de la naturaleza y la facilidad con la que los historiadores se dejaron atraer por este tema, traían consigo resultados algunas veces asombrosos.

Una de las primeras bibliografías de la literatura chilena, la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena* de Ramón Briseño –cuyo primer tomo fue publicado en 1862–, incluye textos como *La Araucana*, cuya aparición en la *Estadística* no sorprenderá a nadie, pero también el texto *Robinson Crusoe* de Defoe. La explicación parece simple, si uno sigue la argumentación que Briseño menciona en su prólogo de la *Estadística*:

Véamos ahora la razón del título de la obra, i la del plan bajo el cual ha sido formada. [...]

Las principales constituyen otros tantos Catálogos correspondientes de la bibliografía nacional, a saber: 1.º de todas las obras publicadas en Chile; 2.º de todas las obras i documentos que se refieren a Chile, publicadas en el extranjero o inéditas; i 3.º de todas las obras escritas por chilenos, publicadas en el extranjero o inéditas. Siendo así, parece que ningún título le conviene mejor que el jenérico que se ha colocado en su portada: *Estadística bibliográfica de la literatura chilena* (Briseño 1862/1879: IX).

Según los criterios de su elección, fueron incluidos aquellos textos que se publicaron en Chile, cuyos autores son chilenos y que tematizan a Chile. Dado que la historia de *Robinson Crusoe* se desarrolla en una isla del archipiélago Juan Fernández y perteneciendo este al publicarse la obra de Briseño al Estado chileno, no le resultaba extraño a Briseño incluirla en su *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*, el texto corresponde por lo menos a uno de los criterios establecidos por el historiador. Así, la existencia del Estado de Chile rige la inclusión de un texto escrito en inglés por un inglés y publicado en Inglaterra en la *Estadística* de Briseño.

En el caso de *Robinson Crusoe*, la arbitrariedad de la elección parece obvia, aún más si se toma en cuenta que este texto no aparece en otras historias literarias chilenas del siglo XIX. Sin embargo, el debate sobre sí o no incluir *La Araucana* en una historia de la literatura chilena no está del todo resuelto cuando Briseño y otros tratan de definir el objeto de sus obras. A pesar de su tema sumamente chileno —como se sabe, *La Araucana* cuenta la primera confrontación entre mapuches y españoles— la inclusión de *La Araucana* en una historia literaria chilena tiene que enfrentar argumentos que subrayan el lugar de nacimiento del autor. Aun más, *La Araucana* no fue solamente escrita por un español sino también publicada en España después del regreso de Ercilla y Zúñiga a su país natal. El hecho de que los argumentos a favor o en contra de la inclusión del texto a cualquiera de las dos historias literarias —la chilena o la española— se ocupan de la nacionalidad del autor y la historia relatada en *La Araucana* muestra que la pregunta no estaba resuelta.

Marcelino Menéndez Pelayo, por ejemplo, vacila entre ambas posiciones usando un lenguaje que esconde su posicionamiento:

Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Arau-*

cana, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, [...] que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica, compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial (Menéndez Pelayo 1911: 292).

Añadiendo luego: “El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase” (Menéndez Pelayo 1911: 293). Mientras que Menéndez Pelayo evita posicionarse con respecto a la pertenencia historiográfico-literaria de *La Araucana*, critica posiciones que sí lo hacen como el editor Abraham König al publicar el texto en Chile con omisión de partes que se refieren directamente a episodios de la historia española:

Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían los españoles del siglo XVI [...] (Menéndez Pelayo 1911: 294-295).

La cautela con que Menéndez Pelayo trata el asunto corresponde a su objetivo de marcar en su *Historia de la poesía hispano-americana* no tanto las diferencias entre las literaturas hispanoamericanas y la literatura española, sino más bien de defender lo que, a su ver, tienen en común como herencia de la historia colonial. Por lo tanto, subrayar o negar por completo lo chileno de *La Araucana* hubiera sido un obstáculo para su argumentación.

Domingo Amunátegui Solar al tratar los argumentos de Menéndez Pelayo en su *Bosquejo de la literatura chilena. Período colonial* de 1918, sintetiza las posiciones a favor de la chilenidad de *La Araucana* de la siguiente manera:

Pueden aducirse, sin embargo, otras razones, i son las que siguen: *La Araucana* fué concebida en Chile; su asunto es netamente propio de este país; i, mui lejos de haber sido un fruto esporádico, que tan pronto apareció como fué olvidado, dió oríjen a otras obras de importancia, escritas por chilenos, o concebidas en Chile por españoles, las cuales constituyen el primer núcleo de nuestra literatura colonial (Amunátegui Solar 1918: 14).

Según Amunátegui Solar, el asunto de *La Araucana* es netamente chileno, lo cual explica el carácter chileno del texto. Aún más, con *La Araucana* comienza la tradición de descripciones de la naturaleza

chilena, ya que ella no fue un fruto esporádico sino el punto de partida de lo que con la Independencia cobra su forma “natural”. Dentro de esta argumentación el hecho de que Ercilla y Zúñiga fue español no tiene ninguna relevancia, es más, la tradición establecida por *La Araucana* incluye a todos los textos que describen la naturaleza chilena, sean sus autores chilenos o españoles. De este modo, Amunátegui Solar jerarquiza los argumentos a favor o en contra de una inclusión de *La Araucana* a la historia de la literatura chilena: el contenido vale más que el lugar de nacimiento del autor.⁴

No obstante, las lecturas de *La Araucana* no se detienen en la construcción de una tradición meramente literaria, sino citan al texto para demostrar la existencia del Estado chileno en tiempos pasados. Es decir, gracias a los textos con sus descripciones de la naturaleza se facilita la construcción de una continuidad territorial, usando para ello los textos coloniales como pruebas de la existencia de las nuevas naciones en tiempos pasados: lo que fue descrito en el pasado se vuelve realidad en el siglo XIX. La literatura colonial deja de ser española para convertirse en chilena (o argentina, colombiana, etc.).

Así, encontramos en una de las primeras ediciones chilenas de *La Araucana* de 1888 una nota al pie de página, calificando las primeras estrofas del poema épico como proféticas porque anticipan un hecho que recién en la época de la república se convertirá en verdad. *La Araucana* empieza con una descripción del lugar que a continuación será el escenario de los sucesos descritos:

Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado;
tendrá del leste a oeste de angostura
cien millas, por lo mas ancho tomado,
bajo del polo antártico en altura
de veinte i siete grados, prolongado
hasta do el mar océano i chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.
[...]

4 Al contrario de la posición de Briseño, Amunátegui Solar no incluye a textos escritos por autores extranjeros aunque traten temas “chilenos”. Esto muestra la singularidad de la argumentación de Briseño.

Digo que norte sur corre la tierra,
 i báñala del oeste la marina;
 i a la banda del leste va una sierra
 que el mismo rumbo mil leguas camina
 [...] (Ercilla y Zúñiga 1888: 3-4).

Lo que exige el ya mencionado editor, Abraham König, de los lectores chilenos es lo siguiente:

Esta estrofa i la anterior merecen grabarse en la memoria de todos los chilenos. Con acento profético ha bautizado Ercilla con el nombre de mar chileno al océano Pacífico. Cuando las escuadras de la República, desde los primeros días de la independencia, se adueñaron del mar, no hicieron más que convertir en hecho el pensamiento del poeta (Ercilla y Zúñiga 1888: 3, nota al pie de página de König).

La Independencia cumple lo que ya estaba previsto en épocas coloniales, demostrado en los textos coloniales. Ercilla ya no es sólo el primero en describir Chile, más bien es el profeta del futuro de Chile.

Mediante tal proyección de un hecho del presente hacia el pasado se construye no sólo una continuidad histórica sino también una sensación de inevitabilidad: lo que fue descrito por Ercilla y Zúñiga tuvo que cumplirse en la Independencia y se cumplió en la Independencia porque estaba previsto en el pasado colonial. En este punto reside una de las contradicciones del concepto de la nación descrita por Benedict Anderson: aunque la nación es una realidad histórica reciente –sobre todo en el siglo XIX–, los teóricos de la nación operan con un imaginario con una supuesta tradición que remonta a un pasado lejano (Anderson 1983). Volviendo al caso chileno: lo que conecta el Chile independiente del editor König con las descripciones de Ercilla es la naturaleza chilena, ésta es el punto de referencia de ambos hechos.

3. El hombre americano como resultado de la naturaleza

Mientras que Abraham König y otros usan las narraciones de la naturaleza en *La Araucana* como muestras de la continuidad territorial del Estado chileno, para el historiador de la literatura argentino Ricardo Rojas, *La Araucana* es el testimonio de la estrecha relación entre naturaleza y hombre que define las particularidades nacionales.

Rojas retoma en su *Historia de la literatura argentina*, publicada a partir de 1927, la idea de que *La Araucana* es la primera epopeya

americana para realzar los rasgos especiales de lo que, a su ver, sería el último texto épico en América Latina: el *Martín Fierro*:

Así el ciclo épico hispano-indígena comienza en el siglo XVI con la epopeya fronteriza de los *aucas* del sur y se cierra en el siglo XIX con la epopeya fronteriza de los propios *aucas*, redivivos sobre la patagonia inconquistada. Diversos como la época y el ambiente respectivos, debieran ser, y lo son, el poema que inicia aquel ciclo y el poema que lo clausura (Rojas 1960, t. 2: 551-552).

A Rojas no le interesan tanto aspectos formales del género⁵ sino más bien aspectos relacionados con la narración.

Ambos textos, según el análisis de Rojas, relatan sucesos de la frontera sur del continente, ambos narran la lucha de los colonizadores –primero los españoles, luego los criollos– contra los indígenas, pero existe una gran diferencia y aquí entra en juego la naturaleza:

La frontera cristiana tuvo por ambiente el valle, el bosque, el río montanés. El cerro con su pucara invencible en el asalto de los Caupolicanes; la selva con sus bivios misteriosos, ocasionada a la sorpresa de los Tucapeles; el arroyuelo de cristal, entre rocas lavadas y fronda penumbrosa, propicio al idilio de las románticas Tegualdas (Rojas 1960, t. 2: 552).

Salta a la vista como el texto relaciona la naturaleza descrita en *La Araucana* con sus habitantes, construyendo de tal modo una relación causal entre ambos, así la “selva con sus bivios misteriosos” es “ocasionada a la sorpresa de los Tucapeles”, o “el arroyuelo de cristal” es “propicio al idilio de las románticas Tegualdas”. Para cumplir con su objetivo, Rojas contrasta estos pasajes de una naturaleza idílica con pasajes descritos en *Martín Fierro*:

La vida, en semejante frontera [la Pampa argentina] fué miserable por su teatro y por su hombre. La tierra circundante, monótona de inmensidad y de color, era vacía como el mar. No había árboles, ni ríos, ni montes, en dilatadas leguas de aquella pampa. El hombre, solitario en ella, debía llenarla con lo infinito de su alma; es decir, con su coraje o su tristeza. Ese nuevo colonizador se enrustecía él mismo, al contacto de aquel enorme desierto (Rojas 1960, t. 2: 554).

El contraste es obvio, por un lado, tenemos los cerros, los bosques, la selva y el arroyuelo de cristal, por el otro lado, está “la tierra cir-

5 En las discusiones sobre *La Araucana* se pone hincapié, a parte del debate sobre la pertenencia del texto a la historia de la literatura chilena, justamente en los aspectos formales del género (Carrillo Zeiter 2011).

cundante, monótona de inmensidad y de color”, en esta tierra no existen árboles, ni ríos, ni montes. La consecuencia es, siguiendo la argumentación de Rojas, la creación de otro tipo de hombre americano. Obligado a llenar esta tierra con lo infinito de su alma se adapta a lo que lo rodea. Lo que describe Rojas en este párrafo, y que es el tema central de su historia, es la aparición del gaucho; el prototipo del hombre argentino.⁶

Mediante la comparación entre la primera y la última epopeya americana aparecen las diferencias del hombre americano, dependiendo de la naturaleza con la que se encuentra en su camino de colonización del nuevo mundo. La naturaleza exige diferentes formas de adaptación y da, por ende, diferentes resultados. Las dos epopeyas narran, según Rojas, dos relaciones diferentes entre hombre y naturaleza, dando como resultado dos hombres diferentes.

Mas la epopeya es al mismo tiempo el reflejo de la íntima relación entre el hombre y la naturaleza:

Pero valga o no este razonamiento [si el *Martín Fierro* es o no un epos] para la historia de las literaturas comparadas, es lo cierto que el secreto vital de una epopeya reside en su identidad con el espíritu de una raza; su radicación en la tierra que ha de servir de asiento a una progenie histórica; su modelación sobre el arquetipo fundador de una determinada nacionalidad (Rojas 1960, t. 2: 556).

La lectura de las descripciones de las naturalezas americanas, hecha por Rojas, se centra en las influencias del entorno sobre el hombre.⁷ Esta lectura usa las peculiaridades de la(s) naturaleza(s) como explicación para las diferentes manifestaciones del hombre americano lo que permite construir una identidad nacional arraigada justamente en la naturaleza. Y de paso le ofrece al lector un criterio para incluir textos a la historia de la literatura nacional: la identidad del texto “con el espíritu de una raza”.

6 Para un análisis de la relación entre lo gauchesco y Argentina véase Ludmer (1988).

7 Esta lectura de Rojas corresponde, por un lado, a una tradición argentina que también encontramos en textos de Sarmiento y otros. Por el otro lado y sobre todo en el párrafo citado, Rojas retoma la idea de Hegel acerca la epopeya, desarrollada en *Vorlesungen über die Ästhetik* (véase Rojas 1960, t. 2, cap. XXV).

4. El mapa imaginario

La *Historia de la literatura argentina* de Rojas ofrece no sólo una lectura de los relatos de la naturaleza, sino es también una escritura de aquella naturaleza. Los capítulos introductorios de la *Historia* de Rojas ofrecen una definición de los cuatro elementos mencionados al principio de este artículo: el pueblo, el suelo, la lengua y la historia. Rojas analiza en cada capítulo la evolución de la argentinidad en cada uno de estos elementos, siguiendo así el modelo establecido por Hegel.

Con respecto al problema de la demarcación territorial, ligada a la temática del suelo y que en el caso argentino cobra especial importancia debido a su historia (Montaldo 1995), Rojas le ofrece a sus lectores argentinos una descripción geográfica:

La tierra que llamamos Argentina dilátase en el ángulo meridional de nuestra América, desde la zona tropical en donde nacen los largos ríos que se desaguan por el Plata, hasta los canales de la frígida zona, en cuya agua, bruñida de quietud, retrata sus bellezas la inmensidad de la noche antártica (Rojas 1960, t. I: 69).

Rojas recorre en este párrafo la imagen de Argentina tal como aparece en los mapas, tomando así un hecho topográfico como punto de partida para la elección de su corpus de textos.⁸ Este principio traspasa los límites del discurso historiográfico-literario, que se centraría casi exclusivamente en los textos y autores a describir y no se ocuparía de dibujar la geografía. Efectivamente, este comienzo conlleva elementos descriptivos de aquellos primeros textos sobre el nuevo continente que durante la época colonial daban noticia de lo visto allende el mar.

La *Historia de la literatura argentina* de Rojas es más que una estadística bibliográfica o enumeración de autores y textos; se trata de un trabajo sobre la evolución del ser argentino a través de sus manifestaciones escritas. No obstante, las manifestaciones escritas dan muestra de lo que rodea al ser argentino a través del tiempo convirtiéndolo así en peculiaridad. La peculiaridad queda expresada en la falta de límites temporales en lo citado. “La tierra que llamamos

8 De hecho, Rojas no siempre cumple con este postulado cuando incluye también escritores de la época colonial que nacieron en regiones sudamericanas que actualmente forman parte del territorio peruano (véase Rojas 1960, t. III: 19-20).

Argentina” se nos presenta acá como entidad fuera del tiempo, evocando de tal modo una especie de eternidad: existió, existe y existirá siempre. Y más aún, si vemos lo que sigue:

Los Andes, por el occidente, fórmanle límite de leguas, y alzan entre las nubes su nevada cabeza paternal, mientras por el oriente va el Atlántico besándole la ribera, con dulzura y constancia de amante (Rojas 1960, t. 1: 69).

La naturaleza se convierte en estas líneas en padre y amante que abrazan por dos lados, casi protegiéndola, a la Argentina. El párrafo termina con la siguiente descripción:

Así, desde las selvas vírgenes y cálidas del norte, linderas de Bolivia, Paraguay o Brasil, la cordillera y el océano bajan hasta juntar su roca y su ola en los desolados peñascos del mar austral, dibujando en los mapas un territorio de ondulados contornos, donde se aguza la apariencia de una cornucopia gigante (Rojas 1960, t. 1: 69).

La cordillera y el océano encierran como límites naturales un territorio que es la nación argentina. Por lo tanto, las fronteras de la nación argentina son un resultado de hechos naturales y no –uno podría seguir– de hechos políticos, lo cual le permite a Rojas abstraer de los conflictos fronterizos que recién a finales del siglo XIX determinaron las fronteras que él describe.

Además, al evocar la imagen de la cornucopia gigante el texto abre un campo semántico que posibilita nombrar el contenido de la cornucopia:

Gigantesca es nuestra patria, pues corre más de tres mil kilómetros del septentrion al meridiön, y más de mil quinientos desde occidente hacia oriente, contados sus extremos de mayor distancia; vasta heredad que nos confiere una de las más grandes áreas nacionales del globo, pues cabe en ella varias veces España que fundó nuestra civilización; varias veces Italia que ha acrecentado nuestras poblaciones; varias veces Inglaterra que ha nutrido nuestra riqueza; varias veces Francia que ha fecundado nuestra cultura intelectual (Rojas 1960, t. 1: 70).

La cornucopia gigante –hecho geográfico que se convierte en providencial– da lugar a todas las inmigraciones con las que se vio y se ve confrontada la Argentina desde los supuestos comienzos de su historia en la colonia hasta la actualidad de la república Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, formando de tal modo la nueva nación. La forma geográfica de la Argentina pierde en esta descripción toda su casualidad. De tal modo Rojas construye

una coherencia entre geografía y población cuyo resultado es la cultura. En este caso la cultura argentina.

Al empezar su *Historia de la literatura argentina* con una narración de la naturaleza, o más bien tierra, argentina, Rojas sigue una tradición que remonta a los primeros testimonios textuales que existen del Nuevo Mundo, ya que también las crónicas coloniales empiezan con narraciones de la nueva tierra, como se vio en el caso de la crónica de Ovalle. Pero al contrario de aquellos textos, el texto de Rojas va dirigido a un público que conoce lo que se está dibujando con palabras. Por ende, el objetivo del texto no se halla tanto en la descripción de lo desconocido, sino en la creación de un referente común para los lectores nacionales.

5. Conclusión

Las historias literarias del siglo XIX forman parte del proyecto de la nación y buscan en los textos pruebas de la existencia histórica de las respectivas nuevas naciones. La naturaleza o tierra americana, descrita en los primeros textos sobre el nuevo continente, es el punto de referencia central ya que permite, por un lado, acotar el corpus de textos por tratar, y, por el otro lado, sirve como prueba de una continuidad histórica por medio de la continuidad territorial. Desde la perspectiva de los historiadores de la literatura decimonónicas, lo que los autores coloniales narraron no es solamente un testimonio de un nuevo continente, sino también una visión profética del territorio nacional, como es el caso de *La Araucana*. Lo relatado en este texto anuncia los sucesos del siglo de la Independencia, y los próceres de la Independencia cumplen lo anunciado en *La Araucana*.

De este modo, la relación entre el pasado y el presente funciona en ambas direcciones. La configuración del territorio nacional es proyectada hacia el pasado, maniobra que posibilita la incorporación de escritores coloniales ya no como escritores españoles –o quizás americanos–, sino como escritores chilenos, argentinos, etc. Esto permite la ampliación del corpus por analizar y la construcción de una tradición literaria que remonta a siglos pasados. Otra lectura se centra en las narraciones de la naturaleza como testimonios que cuentan la peculiaridad del hombre americano gracias a su entorno.

Aquí la naturaleza se convierte en el motor de diferencias nacionales entre las colonias americanas.

A la vez, las historias literarias no pueden ser reducidas a puras lecturas de lo escrito sobre América, más bien ellas mismas son escrituras sobre América. El ejemplo más ilustrativo es el de Ricardo Rojas que empieza su *Historia de la literatura argentina* con el capítulo “La tierra nativa” borrando en él del territorio de la República Argentina toda casualidad al entablar una relación lógica entre las fronteras nacionales y las naturales.

La *Historia* de Rojas es el único texto donde encontramos capítulos introductorios que desarrollan detalladamente el hilo conductor de la historia literaria. La naturaleza aparece tanto las historias literarias chilenas como las argentinas como punto de referencia para el corpus de texto por presentar. Aún más, si se considera que la naturaleza o la tierra americana es el único criterio, en la perspectiva de los historiadores criollos, que permite separar la(s) literatura(s) americana(s) de la española. Sin embargo, las historias literarias no logran ocultar la arbitrariedad del procedimiento.

Bibliografía

- Amunátegui Solar, Domingo (1918): *Bosquejo histórico de la literatura chilena. Período colonial*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Anderson, Benedict (1983): *Imagined communities. Reflections on origins and spread of nationalism*. London: Verso.
- Briseño, Ramón (1862/1879): *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. 2 tomos. Santiago: Imprenta Chilena.
- Carrillo Zeiter, Katja (2011): *Die Erfindung einer Nationalliteratur. Literaturgeschichten Argentinien und Chiles (1860-1920)*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de (1888): *La Araucana*. Edición de Abraham König. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Ludmer, Josefina (1988): *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*. 2 tomos. Madrid: Librería general de Victoriano Suárez.
- Mignolo, Walter (1994): “The Movable Center: Geographical Discourses and Territoriality During the Expansion of the Spanish Empire”. En: Cevallos-Candau, Francisco Javier et al. (eds.): *Coded Encounters. Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*. Amherst: University of Massachusetts Press, pp. 15-45.

- Mignolo, Walter (1994/1995): "Entre el canon y el corpus. Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina". En: *Nuevo texto crítico*, VII, 14/15, pp. 23-36.
- Montaldo, Graciela (1995): "Espacio y nación". En: *Estudios. Revista de investigaciones literarias*, 3, 5, pp. 5-17.
- Neustadt, Robert (1997): "Consecuencias de orientación: la Conquista como imposición cartográfica". En: Benavides, Rosamel S. (ed.): *Formaciones sociales e identidades culturales en la literatura hispanoamericana. Ensayos en honor de Juan Armando Epple*. Valdivia: Ediciones Barba de Palo, pp. 1-16.
- Ovalle, Alonso de ([1646] 1969): *Histórica relación del reyno de Chile*. Santiago: Instituto de Literatura Chilena/Prensas de la Editorial Universitaria.
- Rojas, Ricardo ([1917-1920] 1960): *Historia de la literatura argentina*. 9 tomos. Buenos Aires: Guillermo Kraft limitada.